

cediendo al placer de afinar sus estocadas, olvidaba un tanto las leyes de la prudencia. El señor duque de Montebello, que había ido á Tsarkoe-Selo y oído allí tan extraña doctrina, no ocultó su sorpresa: «He aquí una cosa que nadie habría imaginado,» dijo á su colega de Inglaterra cuando salían de la audiencia del canciller. Tampoco disimuló su irritación ni su inquietud: «En mi país, dijo, esta combinación será considerada no sólo como poco satisfactoria, sino como casi insultante, y temo que determine una ruptura positiva é inmediata.» Lord Napier opinaba lo mismo, pero mostraba mayor calma, porque Francia, que tanto había tardado en asociarse á Inglaterra, ahora tendía á ir más lejos que ella. Los dos embajadores, después de haber conferenciado, resolvieron visitar de nuevo al día siguiente á Gortschakoff á fin de obtener de él alguna aclaración que suavizara aquella respuesta altanera y permitiese hacerla pública en forma menos dura. La entrevista fué acalorada y en ella hubo frases no exentas de aspereza. «La réplica de Rusia, hicieron observar los diplomáticos, será juzgada como un simple medio de ganar tiempo y de apartar al Austria del lado de Francia y de Inglaterra... A lo menos, ¿cuál será la forma de esta deliberación de tres? ¿Los resultados de la misma serán sometidos á las potencias occidentales?—Les serán comunicados,» respondió Gortschakoff, añadiendo que la base de la discusión serían los seis puntos. Por lo demás, reivindicó con altivez la independencia de los copartícipes y persistió en rechazar toda intervención de Francia y de Inglaterra. En este tono bien poco amistoso terminó la entrevista (1).

Hubo entonces un momento de verdadera crisis. Reinaba la agitación en el público y la perplejidad en las esferas oficiales; *Le Siècle* pedía que se acudiera á un plebiscito para decidir acerca del asunto de la intervención (2); y lord Malmesbury, en la Cámara de los pares, proponía que Inglaterra tratase al zar como había tratado en otro tiempo al rey de Nápoles y demostrara su aprobación llamando á su embajador (3). El gobierno francés había vacilado durante mucho tiempo y cruelmente antes de iniciar las amonestaciones; pero una vez puesto en este camino, causábale cierta confusión el detenerse á la mitad. Ya el 20 de junio, en previsión de una respuesta desfavorable de Rusia, había propuesto á sus aliados que se trazaran de antemano su línea de conducta, y en 29 de julio, cuando se supo la réplica de Gortschakoff, concibió la idea de una *nota colectiva*, que sería una nueva etapa en la vía que conducía de la súplica á la amenaza y quizás también (¿quién habría podido afirmar lo contrario?) de la amenaza á la acción. Así las cosas, la Gran Bretaña se retiró; en cuanto al Austria, siguió el ejemplo de Inglaterra, aunque no sin haber demostrado antes mayor firmeza que ésta: así, á lo menos, lo reconoció el señor Drouyn de Lhuys en un despacho al Sr. de Gramont, en el que decía: «Me complazco en hacer constar que nuestras razones han sido perfectamente comprendidas en Viena, y considero como un deber el confesar que

(1) *Further correspondence respecting the insurrection in Poland*, parte V, págs. 1-2.

(2) *Le Siècle*, 21 de julio.

(3) Sesión de 24 de julio de 1863 (*Parliamentary Debates*, tomo CLXXII, pág. 1353).

no ha dependido del gobierno austriaco la no adopción de nuestras proposiciones (4).»

En defecto de medidas más enérgicas, ¿se emprendería una tercera campaña diplomática después del completo fracaso de las dos anteriores? Parece que una política sana debía aconsejar que no se prolongaran aquellas reclamaciones semi-conciliadoras, semi-conminatorias, que no tenían la autoridad de la fuerza ni tampoco la de la súplica; pero los aliados (si es que todavía puede llamarse alianza lo que no era más que un acuerdo de palabras) no se resignaron con un silencio que habría parecido la confesión de una derrota moral, así es que á principios de agosto salieron de París, de Londres y de Viena nuevas amonestaciones. Todo cuanto podía invocarse en favor de la justicia y de la humanidad, lo dijo el Sr. Drouyn de Lhuys en esa lengua francesa que sabe mejor que ninguna otra hacerse intérprete de los intereses generales del mundo y da mayor transparencia á la evidencia del derecho: habló con triste sorpresa de la reciente respuesta rusa; afirmó, aunque sin emplear ninguna palabra provocadora, el carácter nacional del movimiento polaco; rechazó, en nombre de su gobierno, todo reproche de complicidad con la insurrección, y reprodujo algunos consejos, aunque sin expresar la esperanza de que fuesen escuchados. Al través de las amonestaciones descubriéndose aún algunas fórmulas afectuosas, tristes restos de una amistad que caía hecha pedazos. Al final, el ministro francés declaraba, con gravedad solemne, «que Rusia sería responsable de todas las consecuencias que pudiera traer consigo la prolongación de los disturbios de Polonia.» Aquel hermoso alegato no tenía más que un inconveniente, haber sido repetido en vano en dos ocasiones.

También esta vez sonarían aquellas palabras en oídos indiferentes. Alejandro, apoyado en lo que denominaba su derecho soberano, no tenía ninguna gana de declinar aquella responsabilidad que Francia invocaba; y como atribuía á los estímulos de Europa la larga duración de la guerra civil, estaba dispuesto más bien á denunciar á las potencias que á seguir su parecer. Todo le fortalecía en su resistencia: las sugerencias del antiguo partido moscovita que pedía la guerra hasta el último extremo; las excitaciones de la lucha que hacían perder toda sangre fría á los dos contendientes, y la proximidad de la mala estación que, cubriendo el Báltico de hielos y la Polonia de escarchas, había de hacer á Rusia invulnerable y había de privar á los rebeldes de sus mejores refugios. Gortschakoff consultó la opinión de su soberano y, después de haber calculado todas las ventajas que estaban de su parte, estimó superfluos todos los razonamientos y se limitó á oponer á la tercera amonestación de Europa una lacónica declinatoria, en la que decía simplemente que el zar era el mejor amigo de Polonia y que se sentía bastante fuerte teniendo en su favor á Dios, su conciencia y sus pensamientos. En estos términos estaba concebida la última circular rusa, que salió de San Petersburgo el 7 de septiembre. «No son las tres potencias, decía *La Presse* de Viena; es Rusia la que pone fin á la discusión; es el acusado quien interrumpe los debates é impone silencio al acusador.»

(4) *Documents diplomatiques*, 1865, pág. 52.

V

La misión de la diplomacia parecía terminada, y consumada también la desgracia de Polonia. Sin embargo, subsistía en Europa un pesar producido por el resultado deplorable de aquella tentativa de intervención, tan temeraria y tan tímida, tan solemne y tan vana. De aquí nacieron dos proyectos ó dos esbozos de proyectos cuyo objeto había de ser no tanto socorrer á la nación infortunada como disimular lo que el reciente fracaso había tenido de mortificante.

Los inspiradores del primer proyecto fueron los mismos polacos: quejábanse éstos, desde los comienzos de

que tal declaración sería el prefacio de la guerra, y como no tenía garantía alguna, á lo menos de la Gran Bretaña, guardó un prudente silencio que ya no había de abandonar. El *Foreign Office* meditó un despacho amenazador y hasta llegó á borronearlo; mas, templados por la reflexión los primeros entusiasmos, cambiósela redacción primeramente esbozada por otra más suave; y cuando al cabo de algunos meses la oposición quiso interpelar en la Cámara de los comunes al ministerio sobre aquel incidente, lord Palmerston se limitó á contestar, en tono de burla, que tan poco responsable era de sus borradores como de sus pensamientos (1). Francia, pues, volvió á quedarse sola.



El conde Federico Fernando de Beust, canciller de Austria

la insurrección, de que les fueran confiscadas en las fronteras sus armas y sus municiones y añadían: «¿Cuánto mejoraría nuestra condición precaria si se nos reconociera como beligerantes!» El comité nacional dirigió al príncipe Ladislao Czartorisky una memoria redactada en este sentido, que fué publicada en *El Monitor* de 22 de septiembre; esta publicación, que era una señal muy digna de observarse del estado de los ánimos, causó gran sensación y nadie titubeó en considerarla como un acto de represalias contra el príncipe Gortschakoff. ¿Seguiría á aquella insignificante venganza otra más ruidosa? Cuatro días después lord John Russell, que se encontraba veraneando en Blairgowrie, pronunció allí un discurso en el que, sin dejar de rechazar la guerra, pronunció palabras que no podían ser consideradas como de paz. El ministro inglés desenvolvió la tesis de que los derechos de Rusia sobre Polonia se derivaban del tratado de Viena y habían sido consagrados mediante ciertas condiciones; y como éstas habían quedado incumplidas, aquéllos perdían toda su eficacia, con lo cual reconocía implícitamente á los polacos todos los derechos de los beligerantes. Durante unos días pareció que las cortes de París y Londres estaban dispuestas á dar el paso decisivo; pero Austria, cuya frontera estaba completamente abierta por el lado de Rusia, presentía

El segundo proyecto emanó directamente de Napoleón, quien, al inaugurar en 5 de noviembre de 1863 las tareas legislativas, después de haber hablado de los asuntos interiores y de la cuestión de México, abordó la cuestión polaca que, según dijo, «exigía mayores desenvolvimientos.» Habló en términos conmovidos y hasta con gratitud de sus relaciones cordiales con el emperador Alejandro y lamentó que el interés de una causa simpática á Francia le hubiese obligado á comprometer «una de las primeras alianzas del Continente.» Explicó luego á grandes rasgos la historia de las recientes negociaciones y añadió con acento de tristeza: «Nuestros consejos desinteresados han sido considerados como una intimidación; nuestras gestiones, en vez de detener la lucha, no han hecho más que encontrarla; y por ambas partes se cometen excesos que deben ser deplorados en nombre de la humanidad.» Y después de haberse expresado en esta forma, planteó francamente la cuestión que estaba en el fondo de todas las conciencias: «¿Estamos reducidos á la única alternativa de la guerra ó del silencio? No,» respondió resueltamente el soberano. El resto del discurso fué una am-

(1) Cámara de los comunes, 12 de febrero de 1864 (*Parliamentary debates, third series*, tomo CLXXIII, pág. 740).

plia generalización que abarcaba á la Europa entera, y obligatorias las decisiones de la mayoría. El proyecto, ya muy quebrantado, no pudo resistir aquel golpe de gracia, y aunque durante unos días se habló de un Congreso restringido, al poco tiempo ya nadie se ocupó de tal asunto. La única potencia que se aprovechó de aquel incidente fué Rusia, la cual no sólo quedaba en libertad de acción para proceder contra los insurrectos, sino que además había tenido la satisfacción de ver cambiarse entre París y Londres explicaciones casi tan agrias como las reclamaciones acumuladas poco antes contra San Petersburgo.

Lo que sucedió después fué simplemente la agonía de Polonia. Hacía allí estragos el invierno fecundo en privaciones y rigores, pero no tan triste como la desesperación que desolaba las almas... Casi todos los jefes habían sido muertos en el campo de batalla, fusilados ó ahorcados, y por la frontera de Galicia, vigilada severamente, no pasaba nada; y de las partidas, unas se dispersaron, otras fueron aniquiladas, quedando sólo algunas aguerridas, resistentes á todas las fatigas, que por un verdadero milagro de perseverancia y de suerte subsistían aún cuando volvió la primavera. La Europa, distraída por otros cuidados, callaba de cuando en cuando para escuchar el ruido de aquella insurrección que se iba apagando como el estertor de un moribundo; y llegó un día en que la misma causa nacional hubo de declararse vencida: «La lucha contra el enemigo, escribía en 25 de julio de 1864 el príncipe Czartoryski, ha de encerrarse en lo sucesivo en la esfera puramente moral, adonde ninguna espada puede llegar.» Los días que siguieron á la victoria fueron tan siniestros como el de la batalla; las cárceles se llenaron varias veces, quedando luego vacías á consecuencia de las deportaciones cuyo número, según se asegura, pasaba de 30.000 en 1.º de enero de 1864; y una policía implacable espizó todo lo que significaba señal de duelo ó puramente de simpatía y obligó á los habitantes pacíficos, so pena de hacerse sospechosos, á dirigir mensajes de fidelidad al zar, á volver á sus antiguas costumbres de placeres y á hacer luminarias en honor de los vencedores, demostraciones forzadas de regocijo que completaron la servidumbre. Por último, publicáronse una serie de decretos prohibiendo toda enseñanza que no fuese la del Estado, proscribiendo toda influencia de idioma ó de religión, trastornando profundamente el régimen de la propiedad y, en una palabra, procurando formar una generación nueva que, separada del pasado y, por otra parte, materialmente próspera, ignorase todo lo que la antigua no había podido olvidar.

Estas últimas consecuencias de la insurrección ya no pertenecen á la historia de la Europa occidental. La Polonia, al quedar para siempre absorbida dentro del imperio ruso, dejaba en pos de sí dos imágenes: una vaga hasta el misticismo, poética como una figura de leyenda, impregnada de la melancolía de las cosas que se desvanecen; otra dura, realista, brutal y, sobre todo, preñada de amenazas.

La imagen conmovedora, la de la nación militante é inmolada, persiguió á nuestros padres; y éstos, habiendo hecho lo suficiente para irritar á los dominadores, pero no lo bastante para servir á las víctimas, quisieron á lo menos proteger en su exodo á aquellos á quienes no habían podido sostener en su suelo natal, y con pia-

dosa solicitud procuraron hacerles más hospitalario el extranjero asilo y menos amargo el pan del destierro. Todo polaco pareció sagrado como el dolor y ni siquiera el abuso que muchos hicieron de nuestros beneficios pudo contener la explosión de las simpatías, que no se enfriaron hasta que de un territorio más próximo llegaron nuevos desterrados. Entonces, sólo entonces, Francia, que tenía junto á sí su Polonia, hubo de dejar caer su brazo tutelar y, egoísta á pesar suyo, olvidó un poco á la Polonia de otros tiempos que decididamente estaba demasiado lejos.

Veamos ahora la otra imagen que surgía de las ruinas de la nación abatida: nuestros padres sólo á ratos perdidos la vislumbraron; en cambio, á los ojos de nuestra generación aparece con vigoroso relieve. Esta imagen es la de la confusión inmensa que desde el gran ducado de Varsovia se extendió por la Europa entera; parecía como que de la Polonia, en otro tiempo sacrificada y entonces moribunda, se escapaban, por virtud de una repercusión sorprendente de los sucesos, todos los gérmenes que habían de perturbar el mundo. Antes de la insurrección, una gran alianza, la de París y San Petersburgo, alianza reciente, pero ya medio cimentada, parecía garantizar la paz general contra todos los agitadores; pero después de las recientes é infructuosas amonestaciones, á la cordialidad de los años precedentes sucedió un estado de contienda. Y las tres cortes, al zaherir á Rusia, lejos de estrechar su intimidad como consecuencia de su acción común, se habían ofendido mutuamente en varias ocasiones, como acontece en to-

da empresa mal concebida que nadie se atreva á llevar á cima ni á abandonar.

Resultaba, pues, que ninguna agrupación en el centro de Europa podía compensar la perdida alianza con San Petersburgo; con lo que, gracias al fraccionamiento de todas las fuerzas, cualquiera que abrigase proyectos ambiciosos podría seguir su camino sin el menor obstáculo.

Este ambicioso existía ya y estaba al acecho de todas las ocasiones propicias á sus planes. Bismarck fué el verdadero, el único beneficiario de las cuestiones polacas: sin la insurrección nada habría podido hacer, estando como hubiera estado vigilado entre sus dos vecinos de Oriente y de Occidente; pero después de la gran perturbación engendrada por la Polonia, ninguna temeridad pudo parecer locura. Durante el conflicto, el jefe del gabinete prusiano había observado una conducta muy astuta al par que muy sencilla, que consistía en hacer respecto de Rusia lo contrario de lo que se hacía en Viena, en Londres y en París; y el resultado de esto, muy sencillo también, fué concentrar en Berlín las simpatías que se apartaban de los otros grandes Estados y en especial de Francia. Bajo este concepto los asuntos polacos se enlazan con los alemanes y no son, por decirlo así, más que un fragmento de los mismos: que las ambiciones de Bismarck le empujen hacia la pequeña Dinamarca, hacia el Austria poderosa ó hacia la valiente Francia, y podrá, sin temor alguno, atacar directamente al enemigo, porque la amistad rusa le garantizará la seguridad de su frontera oriental.